



JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE: idealismo y poesía

Rosalina García

Ramos Sucre introdujo en su obra literaria, principios del idealismo alemán del siglo XVIII, filosofía de los poetas románticos de ese período singular dentro del pensamiento germano.

Sus ensayos sobre el movimiento poético y social del citado siglo, las referencias directas a Schiller, Goethe, Hegel, Humboldt evidencian su afinidad con la filosofía idealista.

Rodeado de coetáneos seguidores del positivismo, escapa de él y elabora su arte de manera independiente, seleccionando del clasicismo, del humanismo o del idealismo, sólo aquello que le es significativo.

Ramos Sucre admiró el romanticismo idealista que llenó su búsqueda interior. Lector selectivo, lo conoció en fuentes originales francesas, inglesas y alemanas, y en español, como lo atestigua su biblioteca personal.

Esquivó a la preeminencia del positivismo de su tiempo, cuestiona la explicación de la realidad sólo a través del cientismo experimental y preferencia otras tendencias. Pero comparte el anticlericalismo con los positivistas.

El romanticismo que irrumpió en Venezuela en 1826, según Don Lisandro Alvarado, tuvo continuadores que imitaban a los autores franceses directamente, y a los románticos españoles. José Antonio Maitín y Abigaíl Lozano se identifican con el romanticismo. Maitín en 1848, en una carta, calificada con justicia como «el manifiesto del romanticismo venezolano» por el crítico Lubio Cardozo, cuestiona el culto a la razón, tópico común con Ramos Sucre. Dice Maitín en dicha carta: «... el espíritu de análisis de tal manera ha desgarrado todos los velos de las quimeras, que el corazón del hombre, vacío de sus agradables ilusiones a fuerza de saber, no ve más que realidades en torno suyo; y la realidad para el corazón es como el cadáver de una belleza a quien la muerte ha despojado de sus encantos y transformado en un esqueleto descarnado» (1)

Maitín en el siglo XIX y Ramos Sucre en el XX, atacan, en diferentes momentos la crisis social generada por el capitalismo a partir de la revolución industrial (Veánse: «Fulmen» y «Entonces» en I).

A finales del siglo XIX el romanticismo en Venezuela reacciona contra la influencia española, y se establecen nuevos impulsos; al mismo tiempo el positivismo se vitaliza en nuestro medio. Ramos Sucre conoce las dos tendencias, y se inclina filosóficamente por el romanticismo alemán, una de las más profundas revoluciones del espíritu, afín al idealismo.

La confrontación entre los textos de nuestro poeta y los principios filosóficos del idealismo germano, conducen el análisis siguiente:

El principio de «yoidad» o «autoconciencia», propuesto por Fichte regula el idealismo:

«Toma como punto de partida para la reflexión filosófica, no el mundo en torno a las llamadas cosas exteriores (el mundo exterior o mundo interno), sino lo que llamaremos desde ahora «yo», «sujeto» o «conciencia». Justamente porque el «yo» es ideador, es decir «representativo» es vocablo «idealismo» resulta particularmente justificado». ⁽²⁾

El uso frecuente del «yo» en la obra literaria de Ramos Sucre, expresa el respeto por ese «yo» ideador, valga la repetición, el cual le permite, como a su personaje «La suspirante» la huida poética «sin que nadie» «pueda averiguar el derrotero de su fuga» (III-294).

Ese espacio discursivo de la primera persona, ejerce entonces su función esencial: representar, celebrar la libertad erigiendo mundos a partir de la «yoidad».

Ramos Sucre revela en sus textos el ejercicio de ver, de saber; de romper el objeto para exteriorizar su belleza y realzar su fuerza, con ímpetu de águila que cruza el océano para buscar el derrotero. De esa penetración de la naturaleza y del hombre, desprende su creación. Amigo de Fausto, traspasa barreras imposibles para el racionalismo; la razón le sirve para manejar el lenguaje, pero no para desafiar el misterio de la vida.

La razón no es la única vía para conocer: por eso Fausto, quien quiere «encontrar razones para explicar de una vez por todas el espejismo del universo». («La resipiscencia de Fausto». I 112), sólo consigue contraer «...la enfermedad de aquel ideal orgulloso infundido por la ciencia». (idem, I. 112) y el cual alivia al llegar a la ciudad quimérica donde pacifica su curiosidad:

«Crédulo en la mayor veracidad de los símbolos del arte, esperar con una explicación musical y sintética del universo (idem I. 113). La conjunción del arte y la filosofía como fuente de respuesta, se inscriben en la mejor tradición idealista, donde constituyen una sola realidad.

El racionalismo psicológico, teoría sustentadora de la superioridad de la razón (equiparada con el pensar o la facultad pensante), sobre la emoción, se cuestiona en el ensayo «Sobre la poesía elocuente». Al hablar de la virtualidad de la imagen, Ramos Sucre se refiere a ciertos filósofos que la impugnan por su carácter sensorial.⁽⁷⁾ Afirma:

«Algunos dialécticos, enamorados de la idea universal y sin fisonomía, reprobaban esta manera de expresión considerándola de humilde origen sensorial, abogando por la supremacía de la inteligencia, con lo cual insiste en las distintas facultades de la mente humana, que es probablemente una totalidad sin parte». (I. 108).

La imagen es valorada en el citado ensayo, porque además de destacar ideas, transmite la experiencia y «comunica instantáneamente los afectos» (I. 108).

Ramos Sucre menciona en «Sturm und drang» y «Crítica», la polémica entre el idealismo romántico y la Ilustración, y defiende a los románticos, valoradores del sentimiento y el misterio. Esta polémica se expresó en diferentes planos antagónicos: razón vs. sentimiento; materia vs. espíritu; contención vs. emoción. Sin embargo dentro de la Ilustración comenzó la gestación del sentimentalismo, precursor del romanticismo.

La posición filosófica de Ramos Sucre permite que reconozca los méritos de Rousseau, el único enciclopedista de

corazón y sentimiento, opuesto a Voltaire, racionalista por excelencia. El venezolano destaca la tendencia de los alemanes del siglo XVIII por lo irracional, lo natural y lo libre, prescrito por Rousseau;

«Ellos militan debajo de las banderas del sentimiento y la originalidad, y censuran las culpas de la vida social, recreándose con el ejemplo de la naturaleza» (I-88).

Y prosigue con la calificación positiva de los alemanes: «Los alemanes del siglo dieciocho alucinados y magnánimos» (I-88). «Humboldt pertenece a la Alemania indulgente y enciclopédica de entonces». (I-89).

La visión del sentimiento asociado a la yoidad y al sueño; la propensión a explorar la historia; el gusto por recrear leyendas del medioevo y en elaborar su misticismo con una visión muy heterodoxa, hermanan a Ramos Sucre con el idealismo romántico. Esta afición se denota en el ya citado ensayo «Sturm und drang» donde valora a los filósofos alemanes «distráidos y perplejos», y a Schiller y Shelley, «intrépidos heraldos, videntes irritados», como él mismo. Se percibe también en sus concepciones sobre la naturaleza, el arte, el mal y la muerte, cercanas a Schelling, a Shopenhauer, a Goethe, y a Schiller, confrontación de inmediato análisis.

La prosa poética de Ramos Sucre contiene planteamientos filosóficos cercanos a Schelling, poeta mayor del romanticismo y teórico del idealismo objetivo.

Ramos Sucre comparte con Schelling: el concepto de la naturaleza como ente vivificado; el esteticismo filosófico; la fuerza de lo irracional en el hombre y el cosmos y la idea sobre el bien y el mal.

La visión Schellingiana de la naturaleza, divergente de la concepción mecanicista de Descartes, la dota de vida y de vibraciones secretas enviadas por el espíritu. La idea central de esta filosofía se resume en esta correspondencia: la naturaleza es espíritu, y el espíritu es naturaleza.

Este planteamiento introduce el neoplatonismo dentro del idealismo alemán, y se lo llamó «Idealismo neoplatónico». Establece la presencia de lo infinito en lo finito, vigente en textos ramosucreanos como «A orillas del mar eterno», «La casa del olvido» y otros.

Esta concepción, venida a nuestra literatura a través del romanticismo (Schelling fue el jefe de la escuela romántica alemana), implica la corporeidad visible del arte en la naturaleza. La naturaleza vivifica el espíritu contenido en la forma. En Ramos Sucre el paisaje natural y otros elementos naturales, trasvasan los relatos de estados espirituales, de atmósferas acordes con las vibraciones del alma de los personajes (Las aves, en especial, se corresponden con estados interiores). En «La Casa del Olvido», por ejemplo, de innegable referencia autobiográfica, la flor de una alta ventana conversa con el infinito y ama al sol: en «Fantasía del primitivo», «Las estrellas de lumbre entusiasta animaba el portento de la noche diáfana» (p. 237) y podríamos multiplicar los ejemplos en esta obra deudora del neoplatonismo idealista en varios aspectos.

Schelling afirma que la filosofía es arte y no solamente lógica; el artista siente el absoluto de las cosas, no mediante el concepto, sino por la intuición y el sentimiento. Ramos Sucre comparte este punto de vista en el citado ensayo «Sobre la poesía elocuente» al referirse a la poesía que capta excepcionalmente el alma de las cosas y es poseedora «de vaguedad y santidad» y está «cercana a la música y lejana de la escultura».

La razón es «facultad propensa a omitir lo particular e individuante»; en cambio «el arte es individuante»; («Sobre la poesía elocuente», I, 108).

En otro ensayo Ramos Sucre destaca «el sentimiento que los románticos ponderan sobre la razón crítica e irreverente» («Crítica», I 67) (el subrayado es nuestro).

El arte en Schelling, instrumento de fusión del poeta con el absoluto, impulsó la obra de Novalis y Schelegel, y expresó el misticismo del filósofo, trasunto de la irracionalidad planteada en sus últimas obras.

Ramos Sucre indaga lo irracional, la presencia de seres y de sucesos inexplicables para el hombre común: el regreso a la tierra de personas ya muertas; el misterio de sucesos inexplicables para la ciencia; la presencia del mal y su dominio sobre otros hombres la validez de los sueños, las fuerzas ocultas que impulsan el hombre a aventuras mortales. Ese mismo impulso prepara los caminos de la muerte, preanunciaba en los sueños, sede del alma universal.

Schopenhauer, (1778-1860) obligante al hablar del irracionalismo de algunos idealistas, observa la regencia de impulsos incontrolables en la vida del hombre. Lo fundamental es lo irracional y no la idea, y en este sentido se opone a Hegel, sustentador de la razón como sustancia de las cosas. Propone la ascesis, la compasión y el arte como medios de acceso a la paz, en similitud con los personajes de definido corte neoplatónico de varios relatos poéticos de Ramos Sucre.

Estas vías de subida hacia lo alto, propuestas por Schelling y Schopenhauer, y provenientes del neoplatonismo, subyacen en «Elogio de la soledad», «Discurso del contempla-

tivo», y «La casa del Olvido», relatos de tono autobiográfico. Ramos Sucre ennoblece además de las ascesis y la soledad, la compasión por las criaturas y la superioridad de la nada, del vacío como presea deseada.

Las ideas, autocontemplaciones de Dios en Schelling, constituyen otro elemento neoplatónico vigente en Ramos Sucre, cuyos místicos pueden ver símbolos vivos y radiantes que les hablan desde otra esfera superior. (Ver «Evangelio» y «Fantasía del primitivo II»).

La aspiración a la nada como estadio superior, emparenta a Ramos Sucre con Shopenhauer, con el budismo y con la mística cristiana de Eckhart, Juan de la Cruz y Teresa de Avila. El quiere «estar entre vacías tinieblas» para olvidarse del dolor y de todos los recuerdos, molestos en ese estado de vacío espiritual. (Ver «Preludio» y «Omega»). Pero el bardo cumánés asume este deseo, no como un religioso, sino como un alma libre y superior que se eleva sobre esta esfera dolorosa, para alcanzar la paz; como el agua cansada que al final, duerme en el remanso umbrío del bosque esencial.

La concepción del poeta cumánés sobre el mal y el triunfo de la luz sobre las tinieblas (en muchos textos el mal es castigado), recuerda también a Schelling, quien se refería a la maldad «que cual abismo sin fondo, ensombrece incluso el fundamento de todas las cosas, a Dios... Pero a través de todas las vicisitudes y calamidades ha de purificarse todo» ⁽³⁾; y brillará el bien.

Nuevamente nos conectamos con las ideas platónicas del mal y el bien. Para Platón el mal es necesario; el bien absoluto sólo está en el estado divino:

«Pero no es posible Teodoro, que perezca el mal, pues es necesario que exista siempre algo que se oponga al bien y no puede tener lugar entre los dioses, sino que es necesario que se encuentre en la naturaleza mortal y en este lugar. De ahí también que es necesario huir de aquí hacia allá arriba». (Teeteto, XXV).

Ramos Sucre en «La vida del maldito» asume la crueldad «que sirve para destruir un mundo abandonado al mal» (I-120). Pero tras la recreación de la crueldad se oculta una paradoja: Ramos Sucre no aprueba la maldad que lo hace sucumbir de horror, pero la traza despiadadamente porque a través de ella, él —verdugo, veneno y látigo— desafía el mundo que le era insostenible por su malignidad.

Las versiones variadas de la crueldad en sus textos son en verdad sólo una: el dominio de una potestad superior e insondable representada en tiranos poderosos, que ejercen, sin preocuparse, el mal sobre los indefensos: «El protervo», «El caballero Leonardo», «El Mandarín»; «El rajá». Ellos relatan su fechoría sin inmutarse, sonreídos por el éxito final. Sólo almas superiores como las de Ramos Sucre pueden soportar y elaborar estéticamente el mal con lucidez implacable, provocadora de horror, de modo parecido a la escritura de Cioran en nuestros días.

Schiller (1759-1805), considerado como poeta iluminado, encarna el ideal romántico de los filósofos idealistas, afines a Ramos Sucre:

«Dos poetas Schiller y Shelley, a mutua distancia de treinta años albergan y retratan el sentimiento humanitario de aquellos días ardientes. Los dos descontentos nebulosos y oratorios. Intrépidos heraldos, videntes irritados bajo el cielo

tormentoso y enigmático, sostienen y vibran en la diestra un haz de rayos» (Sturm und Drang. I p. 64).

Schiller impulsa el idealismo estético y desarrolla su teoría alrededor de dos tópicos: el primero la discusión acerca del concepto del gusto entre la escuela sensualista (empirista) y racionalista; el segundo la validez de los modelos clásicos artísticos de la antigüedad y el valor del arte moderno frente a ellos. Esta conocida «querelle des anciens et des modernes» se centró en los dos enfoques sobre el gusto: la valoración estética se asienta en una teoría fisiológica y psicológica de la belleza (sensibilidad); o en el entendimiento (en cuanto a la perfección formal del objeto artístico).

La reflexión sobre el arte en esta época se desarrolla en una sociedad burguesa donde el concepto de la razón se acerca a la racionalidad científica. Ramos Sucre denota en su obra esta realidad del siglo XVIII:

«Nuevos ideales habían ennoblecido durante el siglo XVIII el apasionado anhelo de reforma.

En la Europa sentimental de aquel siglo las personas cultas se preocupaban por la suerte del hombre abstracto y universal, como que todos honraban y ejercitaban la razón, facultad propensa a omitir lo particular e individuante» (Sturm und drang. I. p. 64).

El enfrentamiento entre la Ilustración tardía y el romanticismo del siglo XVIII, es el referente del conflicto de Fausto en «La resipiscencia de Fausto».

«Fausto prueba a aliviar con el viaje distante, dividido en peligros y orgías, la enfermedad de aquel ideal orgulloso in-

fundido por la ciencia, pero encuentra la desesperación» (I. p. 13).

Se alivia al llegar al país elíseo donde se funden el arte y la filosofía, pensamiento idealista común a esta filosofía. En esos reinos de augusta belleza, se desarrollan mediante ella, la libertad y la moralidad; ahí crece «el alma bella»; concepto desarrollado por Schiller. Como el país quimérico de Fausto, son los mundos ideales de «Bajo el ascendiente de Shakespeare», «La Ensenada» en Ramos Sucre y «La nave de las almas».

El concepto schilleriano de la belleza radica en la libertad de la apariencia del objeto de arte: lo bello no exhibe la regla. La función real de la belleza es devolver la libertad, cuyo símbolo natural más cercano son los pájaros. Ramos Sucre, asume la escritura con un sentido similar de libertad: escribe en prosa para no sentirse atado al metro; reafirma de tal modo el relato, que la línea accional y su léxico no se forzan, sino que conducen la trama y la belleza, del comienzo al final sin excesos ni fallas. Vuelo libre y perfecto; de control invisible ejercido en noches visionarias.

Como Schiller y otros grandes poetas, Ramos Sucre ama los pájaros señal de belleza y libertad, y de la materia dominada por la forma. Dice Schiller:

«De entre las especies vegetales, los pájaros son la mejor prueba de mi tesis. Un pájaro en pleno vuelo es la representación más afortunada posible de la materia doblegada por la forma, de la gravedad superada, por la fuerza. No es superfluo señalar que la facultad de vencer la gravedad se ha empleado a menudo como símbolo de libertad» ⁽⁴⁾.

En «la verdad», precioso texto de Ramos Sucre sobre la golondrina, esta idea de la belleza coincide con Schiller y con Sócrates.

El arte para Schiller es irracional: la intuición estética capta su objeto si someterse a las leyes del entendimiento cognoscente. El arte es impulso hacia el juego y se capta irracionalmente.

La aproximación entre el arte ramosucreano y el pensamiento de Schiller, se expresa mediante la valoración de lo irracional, y no sólo de la razón para captar el mundo, y en la concepción de la belleza en su relación con la libertad.

Ramos Sucre privilegia a Goethe tanto como a Dante y a Shakespeare. El, tan proporcionado para adjetivar, califica al filósofo como: «poeta augusto», «Sombra majestuosa» y «confidente», como corresponde a la dimensión del genio de Weimar; lo nombra directamente en varios textos, y en otros coloca a Fausto, especie de alter-ego cercano a Ramos Sucre por su necesidad de saber y de cuestionar el dogmatismo religioso.⁽⁵⁾

Prisionero de su mundo interior, Ramos Sucre encontró en Goethe auxilio consolador y camino hacia el Uno infinito. El poeta sucrense distinguió en el poeta-filósofo: su conocimiento sobre el alma humana en relación con el cosmos; la filiación del hombre al Uno, connatural al ser humano, quien levanta su divinidad cuando se libera de las sombras; su conocimiento de la naturaleza como madre y su interés por explicar el universo.

La constante filosófica de Fausto en Ramos Sucre es la búsqueda del bien, aunque conozca el mal y se deje tentar por él. El autor significa el mal en diferentes símbolos; en el racio-

nalismo absoluto («La resipiscencia de Fausto»); en el discurso de Mefistófeles (en «La Redención de Fausto», en el murciélago maldito («El sedentario») y el tentador del joven («El exorcista»). «El talismán» refiere la importancia del hombre en el naturalismo humanista de Goethe al considerar a una criatura humana «el prodigio mayor del laboratorio de Fausto» (246, III).

Las referencias directas sobre Goethe se encuentran en «La Virtuosa del Clavecín» y en «La hija del cisne». Este último relato atestigua el conocimiento prolijo de Ramos Sucre sobre Goethe, y la admiración del venezolano por la reina María Antonieta. Conciencia independiente y objetiva, Ramos Sucre valora el carácter de la reina mártir (también lo hace en «El Sino»), adelantándose a los historiadores franceses que la rescatan de la calumnia ignominiosa en estos últimos años. El bardo cumanés utiliza un epígrafe el único en todos sus libros, para decir que Goethe saludó a María Antonieta, a su paso por Francfort de Main, «con los únicos versos franceses de su pluma» (II-197).

El poeta-filósofo se describe en este texto como «el pensador cautivo de la belleza marmórea de Elena y crédulo en el retorno de su fantasma». (II-198).

Ramos Sucre comparte con Goethe el panteísmo propio de la teología heterodoxa, manifestado en la visión romántica de la naturaleza; la presencia de lo infinito en ella, y en los niveles jerárquicos que le son propios. En «A orillas del mar eterno», «el sonido natural del agua, reconstituye la voz del abismo primordial» «el sonido del agua es el nivel finito visible; el otro, «El abismo primordial», infinito, genésico. Ahí se manifiesta la filiación de lo natural con el uno, causa universal que nos engendra.

Ramos Sucre dueño de una teología personal molesta para los sigilantes de su palabra, comparte con Goethe la disidencia religiosa. La cita donde menciona a Hegel, (II-200) figura prominente del idealismo, revela un rompimiento abierto con la filosofía cristiana ortodoxa, por el carácter panteísta e irreligioso del hegelismo. ⁽⁶⁾:

«El sabio se fatigaba riñendo con un bachiller presuntuoso, de cuello de encaje y espadín, y con Mefistófeles, antecesor de Hegel, obstinado en ejecutar la síntesis de los contrarios, en equivocar el bien con el mal» («La redención de Fausto» II-200).

La visión romántica del Goethe, su efecto consolador y su estatura espiritual, animan «La virtuosa del Clavecín», texto esclarecedor en torno al poeta-filósofo:

«Yo reconocí la sombra majestuosa de Goethe, antes de sentirla mi confidente. El poeta augusto había meditado allí mismo los secretos de la naturaleza, refiriéndolos a la doctrina de la fábula, a las señales de la superstición y se había esforzado en consolar de la vida a un joven nostálgico del linaje de Werther». (II. 212)

El momento histórico de este texto corresponde a la estancia de Goethe en Weimar (1775-1786) cuando se ocupaba, entre otras cosas, de los proyectos de carretera y minería. Esta es la época en la cual el filósofo plantea el desarrollo armonioso de los talentos del Hombre con propósito fundamental de la existencia. La tolerancia, el entendimiento, la distinción entre el bien y el mal y la generosidad las considera como manifestaciones divinas de lo humano. En el poema recién citado, Goethe es modelo de sosiego y de indiferencia ante las zozobras del mundo, como corresponde a este período de su vida; y la rela-

ción de lo natural con la fábula recoge las influencias del romanticismo de Johan Gottfried Von Herder, líder del «Sturm und drang» con quien el filósofo recopiló canciones folklóricas alemanas, en su juventud.

En «La virtuosa del clavecín» la serena meditación del filósofo alemán sobre la naturaleza, se embellece con la nostalgia del joven Wherter y con la mágica anémona de Broken, dadora del sosiego.

La concepción goethiana de la naturaleza establece la existencia de protoformas primitivas - «Urformen»—, y dice que éstas se intuyen con una sola mirada, esa que caracteriza, según él «los espíritus productivos». Es decir, que lo más profundo de la naturaleza, no se percibe con razones, sino intuitivamente. Esta afirmación nos aproxima a la cita de Santo Tomás sobre la forma en que aprehenden los seres superiores, retomada por Ramos Sucre: «Asegura que los seres sobrehumanos comprenden con el mínimo caudal de ideas». (Felipe II. I. p. 70).

La teoría de Goethe referida a la concentración y la expansión como movimientos principales en la evolución de las formas naturales, informa el discurso de un avatar de saber milenario en «El enviado»:

«Conforme su enseñanza, una fuerza íntima junta y sostiene, en torno de un centro, los elementos de cada ser de fábrica natural, y señalaba el caso de la estrella y sus puntas separadas. Diciendo de esta suerte escrutaba en la mano un grano de arena de color de perla». (III p. 333).

La afirmación de Goethe acerca de la naturaleza como maestra, se poetiza en la obra del autor venezolano. Vulcano,

en «Rapsodia» (III, 329) oye el consejo de los animales marinos; el visionario de «El castigo» (II) enseña la numeración «valiéndose de un árbol de hojas incalculables», y la geometría, señalando «el ejemplo del cristal y la proporción entre las piezas de una flor»; las criaturas incipientes de la naturaleza dan lecciones de sabiduría y afecto (La verdad III - 275; El Justiciero III, 314, el asno, II 215 etc.)

«Ramos Sucre y Goethe coinciden en la concepción del símbolo; para el filósofo, el símbolo pertenece a la especie del ejemplo, es lo particular a través del cual se ve la ley general de la que emana»⁽⁷⁾. Al igual que Ramos Sucre en «Sobre la poesía elocuente» donde destaca lo individuante del arte.

El símbolo romántico «va a la indeterminación, a lo indecible y escapa a la razón» (Idem). Y así se percibe reiteradamente en la obra poética del bardo cumanés.

El poeta de Weimar, adscrito al grupo de Schelling y de los otros románticos del siglo XVIII, no fue un irracionalista al estilo de Schopenhauer, pero coincidió con ellos en la nueva visión del hombre y de la filosofía.

Ramos Sucre comparte con Goethe: el antropocentrismo; el panteísmo; la heterodoxia religiosa; la búsqueda faústica de la verdad; la concepción del símbolo poético. El «poeta augusto» ilumina la escritura ramosucreana, donde también el hombre, es el puntal de la creación.

Ramos Sucre seleccionó diversas corrientes filosóficas: antiguas, neoplatónicas, humanistas, idealistas. El idealismo representó una influencia poderosa en su escritura. Tanta fuerza como el idealismo, posee el neoplatonismo venido a él por vía directa de los neoplatónicos y a través del neoplatonismo.

nismo de Schelling, el mismo que impulsó el idealismo mágico de Novalis y el idealismo estético de Schiller.

Schelling, en «Filosofía del arte», trasluce las ideas platónicas al considerar lo bello «como la presencia de lo infinito en lo finito, convirtiéndose lo finito en símbolo de lo infinito, en una unidad de cuerpo y alma, de naturaleza y espíritu, la ley y libertad, de individualidad y vigencia universal». (8) En el texto «A orillas del mar eterno», esta correspondencia se expresa con excepcional belleza.

«El aire se llena con los sonos bárbaros del agua en los que se declara una fuerza profunda; ellos componen un cántico infinito concertados herméticamente con otras armonías distantes. Su rumor canta la huella rutilante del sol descendente y reconstituye en la oscuridad nocturna, la voz del abismo primordial». (I, 138).

Platón en el libro VI de la República plantea la conexión entre las realidades y las formas superiores del ser, y dice que quien vea esta profunda relación se adhiere a la verdad de la idea. Ese es el principio de los textos citados en el poeta venezolano, de evidente concepción idealista neoplatónica; la naturaleza como manifestación de la «idea» en el mundo sensible vuelve a ser regulativa.

Platón influye la filosofía de esta obra lírica⁽⁹⁾. El venezolano clasicista notable, leyó en griego a los antiguos filósofos; sin duda, a Plotino y a Amonio Sacca; conoció en alemán a los idealistas románticos, entre ellos Schelling quien dotó a la estética romántica del neoplatonismo.

Admira también el humanismo (ver la aristocracia de los humanistas y «La veneziana»), en especial su tendencia mística; no el racionalismo extremo.

El punto coincidente de estas tendencias, la creencia en la inmortalidad del espíritu, presupone la existencia de un mundo superior al cual se accede mediante el éxtasis, la ascesis, el sueño y la muerte. La inmortalidad, axial en la escritura del gran sucrense, origina esos relatos de seres sobrenaturales que regresan, desde el más allá a la esfera de los mortales. Platón en Fedón XXIII, afirma que el alma existía antes que naciéramos, y que muriendo nosotros no dejará de existir. Y en la República X, asienta su indestructibilidad: «Si no es destruida por ningún mal, ni propio ni ajeno, es evidente que es necesario que exista siempre; si siempre existe, es inmortal».

Este concepto, asumido por los neoplatónicos, recibe en Ramos Sucre un rico sufragio, manifestado en sus vírgenes, ascetas, héroes las ilustres malamadas, quienes a veces regresan para consolar y guiar, en especial en sus dos primeros libros poéticos. En su obra la inmortalidad, presea del hombre, se desprende del infinito, y florece por momentos en la tierra sufrida de los mortales. Asumimos la inmortalidad como un punto esencial en la filosofía de este poeta, quien la concibe con inteligencia y libertad.

Los seres superiores de los relatos ramosucreanos: (monjes ascéticos, artistas solitarios, vírgenes, guerreros heroicos), practican la virtud, la ascesis y el éxtasis como vía hacia lo absoluto, en el mejor sentido neoplatónico. Plotino acepta la definición de Platón acerca del hombre cuya alma, prisionera del cuerpo, escapa de él a través de las virtudes (cívicas, purificativas, intelectivas). Un paso más adelantado, el éxtasis suprime la alteridad entre el yo y la divinidad. Es el retorno al Uno. Estas directrices neoplatónicas, visibles en varios textos de Ramos Sucre, se resumen en: la inmortalidad del espíritu; la dualidad cuerpo y alma, y las virtudes y el éxtasis como conceptos ascéticos.

Ante la belleza inmortal, simbolizada en estos relatos poéticos en doncellas benévolas y símbolos místicos, los personajes callan y adoran guardan silencio como Plotino ante lo inefable. Por esto Tácita, la musa silente, lo impone como preanuncio de la muerte, dadora de visiones superiores (Ver «Tácita, la musa décima» III, 347).

Otros filósofos idealistas románticos como Troxler, Schubert, Litchenberg y Moritz, se acercan también al neoplatonismo al plantear la semejanza entre el sueño y la muerte, enunciada por Platón, al celebrarla y al considerarla voluptuosa, al igual que Ramos Sucre.

La visión idealista del ilustre sucrense respetó la «yoidad», manifiesta en múltiples relatos en primera persona, cuya omnisciencia (objetiva, en especial en los cuadros de la maldad) difiere un poco del «ego lírico» convencional. Asimismo, asume la irracionalidad, el misterio y el poder de la belleza, dadora de libertad, como significados).

Pájaro en vuelo firme, Ramos Sucre atraviesa la joya transparente de la noche, donde se alza la llama incontenible de la poesía, para llenar de goce —genio solitario— a toda una generación.

NOTAS:

- (1) Cardozo Lubio. **La poesía lírica venezolana en el siglo XIX**. Ediciones de la Universidad de Los Andes, Mérida, 1992. p. 102.
- (2) Ferrater Mora, José. **Diccionario de Filosofía**, op. cit. p. 899.
- (*) En la filosofía se consideran como sustancialmente irracionales, las sensaciones, las emociones y los sentimientos.
- (3) Hirscherberger, Johannes. **Historia de la filosofía**, Editorial Herder. Barcelona, p. 69.
- (4) Schiller, Friedrich. **Kallias, Cartas sobre la educación estética del hombre**. Editorial Anthropos. Barcelona, 1990.
- (5) Los textos son: «La virtuosa del Clavecín» «Sobre las huellas de Humboldt» «La resipiscencia de Fausto», «La redención de Fausto», «La hija del cisne», «El sedentario», «El exorcista», y «El talismán».
También se refiere a Goethe en sus artículos: «Ideas dispersas sobre Fausto» y «Estirpe procera».
- (6) La filosofía de Hegel originó el socialismo científico de Marx y el materialismo de Feuerbach.
- (7) Carrera Gustavo Luis. «El símbolo en José Antonio Ramos Sucre». *Memorias del III Simposio de Docentes e Investigadores de Literatura Venezolana*. p. 275. Mérida 1978.
- (8) Hirscherberger, Johannes. Op. cit. p. 16.
- (**) En «La nave de las almas», seres superiores «... decantan los méritos del amor con citas de Platón» (II-175). Se percibe nuevamente la cercanía con Shakespeare y la evidente filiación neoplatónica.

BIBLIOGRAFIA

Directa

Las citas textuales de la obra de José Antonio Ramos Sucre corresponden a **Obras: La torre de Timón, El cielo de esmalte, Las formas del fuego**. Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas, 1956.

Ramos Sucre, José Antonio. **Los aires del presagio**. Monte Avila Editores, Caracas, 1976.

Indirecta

Cardozo, Lubio. **La poesía lírica venezolana en el siglo XIX**. Ediciones de la Universidad de Los Andes. Mérida, 1992.

Beguín, Alberto. **El alma romántica y el sueño**. Fondo de Cultura Económica. Madrid, 1978.

Ferrater Mora, José. **Diccionario de filosofía**. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1971.

Hircherberger, Johanes y Luis Martínez Gómez. **Historia de la filosofía**. Círculo de Lectores, 1968.

Luna, José. **El positivismo en la historia del pensamiento venezolano**. Editorial Arte, 1971.

Mondolfo, Rodolfo. **El pensamiento antiguo**. Editorial Losada. Buenos Aires, 1969.

Picón Salas Mariano. **Formación y proceso de la literatura venezolana**. Monte Avila Editores, Caracas, 1984.

Schiller, Friedrich, Kallias. **Cartas sobre la educación estética del hombre**. Editorial Anthropos. Barcelona, 1990.

Varios. «Memoria del II Simposio de docentes e investigadores de la literatura venezolana». Universidad de Los Andes, Mérida, 1978.